

¿Cómo orar correctamente según la Biblia? //

Discipulado Miguel Díez

Aprender a orar como prioridad para el discípulo

Aprender a orar constituye una de las prioridades más importantes para un discípulo. Jesús concedió a sus discípulos potestad para realizar milagros y les dio instrucciones para llevar a cabo su misión, pero no les enseñó un método para realizar milagros o expulsar demonios. La razón presentada es que esa obra corresponde al Espíritu Santo y no a la capacidad humana.

La oración, en cambio, fue establecida como una prioridad para la vida personal, familiar y ministerial. Aunque la oración de petición es válida y Dios desea conceder aquello que es justo, se destaca que existe una oración fundamental que debe ocupar un lugar central en la vida del creyente.

La oración de arrepentimiento y el examen diario

La oración principal presentada es la oración de arrepentimiento. Arrepentirse, reconocer el error, confesarlo y pedir perdón permite recibir la gracia necesaria para no volver a caer en la misma falta. Cuando una persona no se arrepiente, puede terminar repitiendo sus errores y sufriendo sus consecuencias.

Pedir perdón debe formar parte de la vida diaria. Por ello, se recomienda realizar antes de dormir un balance de la jornada,

examinando las faltas y errores cometidos y solicitando al Señor limpieza y perdón.

Dentro de este examen también deben considerarse los pecados de omisión, es decir, aquellas ocasiones en las que no se hizo el bien que correspondía. Una persona puede evitar faltas graves y, al mismo tiempo, descuidar la atención espiritual hacia otras personas, la ministración o el socorro al prójimo.

La vida de oración también implica preocuparse por las necesidades de los demás, preguntar cómo se encuentran y estar dispuesto a ministrar, aconsejar y orar por quienes lo necesitan. El aprendizaje sobre la oración es un proceso continuo que requiere aumentar el tiempo dedicado a estar delante de Dios.

La humildad como fundamento de la oración

La humildad es presentada como la madre de todas las virtudes y como un elemento fundamental para la oración. La falta de humildad impide una relación adecuada con Dios, mientras que acercarse con un corazón quebrantado permite reconocer la propia necesidad delante de Él.

El Padre Nuestro es presentado como la oración más completa y como el modelo que Jesús enseñó. No se trata simplemente de repetir unas palabras memorizadas desde la infancia, sino de recordar su contenido y comprender su significado para utilizarlo como modelo de una oración completa.

El fundamento de esta enseñanza se encuentra en el capítulo 6 del Evangelio de Mateo, donde Jesús explica cómo debe ser la oración.

Orar en secreto y buscar la comunión con Dios

Mateo 6 advierte sobre quienes oran buscando ser vistos por los demás. La oración realizada con el propósito de recibir reconocimiento religioso o aparentar espiritualidad se presenta como una actitud contraria a la verdadera humildad.

En contraste, Jesús enseña a entrar en el aposento, cerrar la puerta y orar al Padre en secreto. La oración íntima y a solas con Dios permite abrir el corazón y hablar con Él desde una relación personal.

La oración pública también tiene su lugar, especialmente cuando varias personas se unen y suman sus fuerzas. Sin embargo, la prioridad presentada es la comunión personal con Dios. La fe y la relación con Él son personales, y la recompensa pública de la oración en secreto se manifiesta en la gracia, la sabiduría, las palabras adecuadas y los dones del Espíritu Santo.

La motivación principal, sin embargo, no debe ser recibir una recompensa visible, sino buscar intimidad y comunión con Dios.

Evitar las vanas repeticiones

Las vanas repeticiones son comparadas con las prácticas de quienes creen que serán escuchados por utilizar muchas palabras. La repetición en sí misma no es considerada necesariamente negativa, pero sí lo es convertir la oración en una práctica mecánica y carente de profundidad.

La oración no debe limitarse a repetir las mismas palabras o a realizar breves oraciones únicamente en determinados momentos del día. Se presenta la necesidad de mantener una comunicación profunda y constante con Dios.

También se advierte contra los mantras religiosos y contra el uso de fórmulas espirituales repetidas de manera automática. La oración debe surgir de una relación verdadera con Dios y no de una repetición vacía.

Orar en el nombre de Jesús

Orar en el nombre de Jesús no significa utilizar una fórmula mágica para conseguir aquello que se desea. Las promesas relacionadas con pedir en su nombre deben entenderse en relación con la voluntad de Dios.

Orar en el nombre de Jesús significa unirse a Cristo y permitir que la oración esté de acuerdo con Él. Jesús es presentado como quien intercede ante el Padre, por lo que el creyente debe buscar que sus peticiones estén alineadas con la voluntad divina.

El uso mecánico del nombre de Jesús como una fórmula espiritual se presenta como algo peligroso. El relato de los siete hermanos que intentaron expulsar demonios utilizando el nombre de Jesús y de Pablo muestra, dentro de la enseñanza presentada, que no basta con pronunciar un nombre si no existe una verdadera unión con Cristo.

Por eso, la oración debe realizarse en el espíritu, reconociendo que Dios conoce las necesidades de las personas incluso antes de que sean expresadas. También se distingue entre las necesidades reales y los deseos innecesarios relacionados con lujos o bienes materiales.

El Padre Nuestro como modelo para la vida diaria

El Padre Nuestro comienza reconociendo quién es Dios y quiénes somos nosotros. Dios habita en los cielos, posee omnipotencia y omnisciencia, mientras que el ser humano es limitado e

ignorante. Honrar a Dios implica reconocer su grandeza y aceptar la diferencia entre su naturaleza divina y la condición humana.

Cuando se dice «santificado sea tu nombre», no se pretende hacer santo a Dios, porque Él ya es santo. Se pide que las personas reconozcan esa santidad y la manifiesten mediante su propia vida.

El creyente está llamado a ser testigo de la santidad de Cristo y a actuar como sal de la tierra. De esta manera, su vida puede mostrar la naturaleza de Dios y llevar a otros al arrepentimiento y al perdón.

Buscar que venga el reino de Dios

La petición «venga tu reino» implica renunciar a colocar el propio éxito como el centro de la vida. Se trata de permitir que Dios gobierne la vida personal, la familia, los ministerios y el entorno cercano.

De la misma manera, decir «hágase tu voluntad» significa pedir que la voluntad de Dios se establezca en todas esas áreas. La enseñanza presentada insiste en que solo la voluntad de Dios es perfecta.

La petición del «pan nuestro de cada día» se relaciona con las necesidades presentes. Se utiliza el ejemplo del maná, que era proporcionado diariamente, para destacar la confianza en la provisión de Dios y evitar la codicia o la acumulación innecesaria.

Desde esta perspectiva, pedir el pan para el futuro puede reflejar una falta de confianza, mientras que descansar en Dios implica creer que quien provee hoy continuará siendo fiel.

Perdonar para recibir perdón

La oración también lleva al examen de las propias deudas y al perdón de quienes han ofendido. El Espíritu Santo actúa sobre la conciencia y permite reconocer las faltas cometidas.

El perdón debe formar parte del cierre cotidiano del día. Muchas personas que buscan rehabilitación llegan con sentimientos de rencor hacia padres, parejas, compañeros o hijos a causa de experiencias de abandono, traición u otras heridas.

El perdón de Dios se presenta como un acto de amor y misericordia. Al mismo tiempo, la enseñanza insiste en la necesidad de perdonar a quienes han causado ofensas. La parábola de los dos deudores muestra la contradicción de recibir el perdón de una gran deuda y negarse posteriormente a perdonar una deuda menor.

Perdonar no significa actuar sin precaución. Es posible perdonar y, al mismo tiempo, mantenerse en guardia frente a una persona que continúa causando daño. El perdón tampoco elimina la necesidad de reconocer las consecuencias de las acciones.

Se destaca especialmente la necesidad de perdonar a los padres, reconociendo que no existen padres perfectos, porque la perfección pertenece exclusivamente a Dios.

El nivel más alto de amor se presenta como la capacidad de bendecir a quienes maldicen y amar a quienes odian o persiguen. La persona que perdona protege su corazón del rencor, la amargura, la venganza, el odio y el rechazo.

La oración y la armadura de Dios

En Efesios 6, Pablo describe las armas espirituales que deben portar los soldados de Cristo. Entre ellas se mencionan el

yelmo de la salvación, el escudo de la fe, la espada de la Palabra de Dios, la coraza de justicia y el apresto del evangelio.

La armadura espiritual se completa con la instrucción de orar en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu.

Pablo también pide oración para recibir palabra al predicar. Esta petición se extiende a los siervos de Dios y al ministerio en general. Santiago exhorta igualmente a los creyentes a orar unos por otros, presentando la oración como una de las mejores acciones que se pueden realizar por familiares y siervos de Dios.

Primera de Tesalonicenses 5:17 establece el mandato de orar sin cesar. Esto implica mantener un espíritu de oración constante en las diferentes circunstancias de la vida.

Orar como respirar

La oración es comparada con la respiración. De la misma manera que una persona no puede sobrevivir sin respirar, la vida espiritual necesita el aliento de Dios recibido mediante la oración.

La falta de oración conduce a una especie de asfixia espiritual que impide crecer, fortalecerse y recibir bendición. La pereza y la tibieza son señaladas como causas por las que muchas personas, incluso ministros, abandonan la oración y terminan viviendo de manera carnal.

Por eso, la oración debe convertirse en una prioridad antes de hablar con otras personas, aconsejar, tomar decisiones o comenzar cualquier actividad. También debe ser la primera acción al comenzar el día, dando gracias por la vida, el descanso y las fuerzas renovadas.

El Espíritu Santo ayuda a interceder

Al aceptar a Jesucristo como Señor y Salvador, el Espíritu Santo comienza a morar en la persona, convirtiéndola en templo de Dios. La enseñanza presentada distingue entre vivir conforme a la carne y vivir conforme al espíritu.

Orar en el Espíritu permite hacer morir las obras de la carne. Quienes son guiados por el Espíritu de Dios son considerados hijos de Dios.

Por eso, al comenzar a orar, se propone pedir al Espíritu Santo que enseñe, guíe y dirija la oración para evitar repeticiones y prácticas religiosas vacías. La oración puede comenzar con gratitud, alabanza y adoración, permitiendo que Dios llene la boca del creyente con sus propias palabras.

El Espíritu Santo ayuda en la debilidad humana porque las personas muchas veces no saben pedir lo que realmente conviene. El Espíritu intercede por los creyentes con gemidos indecibles y conforme a la voluntad de Dios.

También se destaca que los seres humanos pueden no saber cómo interceder correctamente por sus familiares o por quienes atraviesan dificultades. Por eso resulta fundamental dejarse guiar por el Espíritu Santo.

Permanecer en Cristo para recibir respuesta

La oración se relaciona con permanecer en Jesucristo y en sus palabras. Cuando las peticiones están de acuerdo con su voluntad, existe la confianza de que Dios responderá.

Pedir en el nombre de Jesucristo vuelve a presentarse como un acto de unión con Él y no como un mantra para garantizar

resultados. La comparación con un embajador muestra que quien representa a un rey debe actuar de acuerdo con la voluntad de aquel a quien representa.

Proverbios 15:8 establece que el sacrificio de los impíos es una abominación para Yahvé, mientras que la oración de los rectos es su gozo. La oración aparece así como una forma de agradar a Dios y de mantener una relación cercana con Él.

La oración como acto de dependencia de Dios

La oración se define como un acto de dependencia. El propósito central no consiste en repetir palabras específicas, sino en mantener una actitud constante de humildad delante de Dios.

También se presenta la invitación a participar en jornadas de oración, incluyendo una vigilia el día 23 en la Plaza de Cervantes, de ocho a diez de la noche, durante la festividad de Sucot. La convocatoria está dirigida a discípulos, pastores, obreros y miembros de iglesias.

La oración especial también se presenta como una práctica utilizada históricamente ante situaciones de crisis. En este contexto se menciona Segunda de Crónicas 7:14 como un modelo fundamental: humillarse, orar, buscar el rostro de Dios y apartarse de los malos caminos para que Dios escuche, perdone y sane.

Lo que enseña la oración de Jesús en Getsemaní

Mateo 26:36-44 relata la oración de Jesús en Getsemaní. El nombre del lugar significa «prensa del aceite» y se relaciona con las piedras utilizadas para extraer aceite de las olivas. La enseñanza presentada utiliza esta imagen para hablar de la

oración como un proceso relacionado con la unción, el amor y la sanidad.

Jesús experimentó una profunda tristeza y angustia al enfrentarse a la carga de asumir la maldad humana. Se postró sobre su rostro y pidió al Padre que, si era posible, pasara de Él aquella copa de sufrimiento, pero subordinó su voluntad a la voluntad del Padre.

Jesús también pidió a sus discípulos que velaran y oraran para no caer en tentación, recordándoles que el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil.

A pesar de la profunda aflicción de Jesús, sus discípulos fueron encontrados durmiendo en tres ocasiones. La enseñanza utiliza este episodio para destacar la importancia de permanecer vigilantes en oración, especialmente ante las dificultades y las tentaciones.

Aprender a orar en el Espíritu

La enseñanza concluye con una oración en la que se pide al Señor que enseñe a orar de la manera que Él desea. Se busca una conexión genuina con Dios, evitando las oraciones religiosas y las vanas repeticiones.

Se reconoce que el ser humano no siempre sabe cómo, cuándo o para qué debe orar. Por eso, la petición final es una disposición de rendición para que Dios enseñe y guíe la manera correcta de dirigirse a Él.

La oración debe realizarse conforme a la voluntad divina y no convertirse simplemente en un acto humano, carnal, sentimental o intelectual. Se busca que las oraciones personales estén unidas a las de Jesús y que Él sea quien realmente las dirija.

De esta manera, aprender a orar se presenta como un proceso continuo de crecimiento en el espíritu de oración, adoración, reflexión y alabanza, buscando siempre una relación de

verdadera comunión y dependencia de Dios.